

La Curiosidad de Zylo

Josu Zef

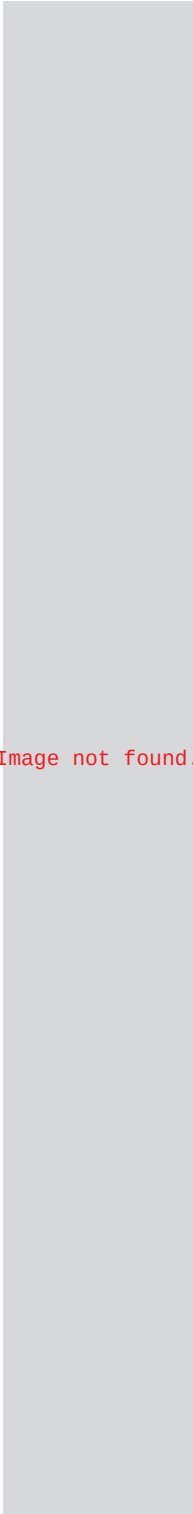


Image not found.

Capítulo 1

Cuenta una historia del pueblo desconocido del bosque, que hace mucho tiempo, un animal de humana inteligencia, abandonó su hogar para conocer la ciudad. Su aspecto era gatuno y su inteligencia zorruna. Su nombre era Zylo.

La tecnología de aquel secreto pueblo era avanzada, no eran simples animales viviendo en la salvaje fauna, sobreviviendo cada día de la caza. No, iba mucho allá. Eran animales con propiedades humanas, con comercio entre ellos, con charlas cultas o filosóficas. Con herramientas sofisticadas para el cultivo, o sus trabajos.

Zylo, se encontraba aquel día en su habitación, una pintoresca y sin igual, con diversos adornos del mundo humano. Podría decirse que era el único que poseía ese tipo de objetos, traídos, hace mucho tiempo por su difunto abuelo.

- ¿Cómo fue la vida que pasaste en la tierra humana, ¿abuelo? - preguntaba a los regalos de su familiar.

Los rayos del sol atravesaban por su ventana. Unos de una mañana fría y cálida al mismo tiempo. Rozaban las zarpas del felino al intentar acariciar esa estatuilla con forma de pirámide. Sus ojos, con la luz solar, se acentuaban, alargando de forma vertical su pupila.

- ¿Sabes qué? He decidido tomar la misma iniciativa que tú. Conocer a los humanos. Según relatabas, eran seres grandes en comparación a nosotros, con mucha más fuerza, pero carentes de astucia.

Zylo tenía un pelaje grisáceo recubriendo su cuerpo, a juego con unos hermosos y brillantes ojos celestes. Su tamaño superaba a duras penas el metro de altura, y eso que se encontraba a dos patas, de pie, característica no común entre animales.

- ¡Oh! Así que al final estabas en tu cuarto -sonreía una minina de pelaje blanco.

Nyra era su hermana pequeña. Compartían el mismo color de ojos, aunque no un mismo reflejo. Ella era más cauta y precavida, mientras que Zylo era decidido, y siempre parecía estar lleno de energía.

- ¿Los recuerdos del abuelo? -preguntaba mientras acariciaba con su cola su espalda.

Ambos, pese a ser animales, vestían ropas de tela ligera. Nyra llevaba un vestido rojo hasta sus rodillas, de tirantes, mientras que Zylo vestía unos

ropajes de tela, de manga corta y tonos oscuros, la cual era larga, como si también se tratase de un vestido.

- Nyra, ¿sería posible visitar el mundo humano, aunque solo fuese durante unas horas? -preguntó con emoción en sus ojos.

- Zylo... -y entonces sonrió-. Creo que ya habías tomado la decisión. Has hecho una pregunta en vano. Pero, para ello debes hablar con el anciano de la aldea. Debe abrir la puerta para que salgas de esta zona sagrada nuestra y te adentres al mundo humano.

- Nyra, ¿vendrías conmigo? -tomó sus manos.

- ¿Quieres que te acompañe a ver al Anciano? ¡Claro! No habrá problema alguno -acariciaba la mejilla de su hermano.

- No, no -negaba con rotundez-. Quiero que me acompañes, hermanita. ¡Al mundo humano! ¡A conocer al mundo que al abuelo siempre relataba!

- Déjame pensarlo, ¿vale? Te daré una respuesta cuando estemos con el Anciano Kokokui.

Los hermanos salieron de su casa y tomaron el sendero camino al Altar Sagrado donde Kokokui pasaba los días y las noches. Su poblado era variopinto. No sólo había felinos en su interior, sino que parecían que otras especies convivían en armonía en aquel retirado lugar. El aspecto del pueblo rozaba el medieval, con mercaderes comerciando en las calles, con seres vendiendo aquellos productos cazados hace apenas unos segundos, o con joyas descubiertas en su última expedición.

Todos en el pueblo saludaban a ambos hermanos, como si fuesen bastante conocidos. Nyra sonreía, aunque Zylo se mostraba diferente a como actuaba en casa. Ese cariño que parecía propio suyo, se tornó en una actitud más calmada, menos expresiva, y más seria. Su cariño solo era para su familia.

- Bueno, ya solo queda subir estas escaleras, que no son pocas -advertía Nyra al ver la cuesta infinita.

Dos estatuas enormes con forma de ave rapaz parecían dar la bienvenida antes de subir por aquel sendero escalonado. El corazón de Zylo palpitaba con fuerza. Su aventura parecía cada vez más real. La emoción se apreciaba en sus celestes ojos, tan decididos y llenos de determinación.

Sus pies comenzaron a andar. Una suave brisa parecía ayudarles a subir con mayor facilidad. Nyra sonreía mientras daba la mano a su hermano y

la apretaba con fuerza.

- Los vientos nos incitan a avanzar, Zylo.

Una vez arriba, las puertas del enorme templo se abrieron de par en par, aceptando la llegada de aquellos habitantes del pueblo oculto. Tras dar sus primeros pasos dentro del templo, unas llamas comenzaron a tomar vida alrededor de la circular sala, iluminándola tenuemente.

- Verdes... -susurraba Zylo sorprendido con el color del fuego.

Su hermana no emitía palabra alguna, su sorpresa y emoción la dejaba sin hablar. Y más aún cuando un gran mono con largas barbas bajaba los cinco escalones que lo separaban de sus invitados.

- Zylo. Nyra -los miraba con recelo aún con sus ojos cerrados.

- Gran Sabio Kokokui -inclinaron sus cuerpos arrodillados.

- Levantaos, por favor. Vuestro abuelo fue un gran amigo mío.

Con el bastón que portaba entre sus manos peludas, golpeó sus cabezas de forma suave, mientras volvía a su trono escalera arriba. No portaba ropa alguna, salvo una corona regia sobre su cabeza. De madera, creada a partir de los árboles más centenarios del bosque oculto. Su bastón cilíndrico más grande que su cuerpo encorvado, procedía del mismo material.

- Así que, los huérfanos del poblado, quieren conocer el mundo humano, ¿no es así? -se sentó Kokokui enlazando los dedos de sus pies entre sí.

- ¡Así es! -respondió Zylo sin miedo alguno.

- ¡Qué daño más benevolente hace tu abuelo aún muerto! -reía el gran sabio rey.

- ¿Es posible abandonar el bosque por un escaso tiempo, Rey Kokokui? -preguntaba de forma cortes y educada Nyra.

- Zylo, Nyra. Ese mundo ya no es como aquel que vieron tus antecesores -decía de forma triste.

- Aun así, quiero ver con mis propios ojos lo que mi abuelo fue capaz de vivir.

- Supongo que no puedo reteneros aquí contra vuestra voluntad.

Kokokui dio un golpe en el suelo con su bastón. Una grieta dimensional comenzó a fisurarse en la entrada tras de los hermanos, justo por donde habían venido.

- Parece que el tema de las aventuras, es de familia, al fin y al cabo - ponía su mano sobre Zylo y Nyra-. Pero, debo advertiros de una cosa, las propiedades que aquí poseéis, las perderéis.

- ¿Propiedades?

- Lo descubriréis una vez lleguéis.

- ¡Espere! ¡Kokokui! -gritaba perdiéndose en el portal, empujados por Kokokui.

- No os preocupéis, pequeños míos, velaré por vosotros.

La luna llena iluminaba aquel extraño descampado en el que dos pequeños gatos aparecieron caídos del cielo. Nadie había alrededor para contemplar semejante milagro o acto mágico. Dos lindos gatos, de pelaje gris y blanco yacían en el suelo, inconscientes, dormidos. Los ropajes que los hermanos antes llevaban habían desaparecido. Sus corazones parecían latir con escasa fuerza. Aun así, Zylo, el más fuerte de los hermanos, abrió sus ojos. Su hermana estaba a escasos centímetros de él, aunque no era capaz de llegar a ella. Con dificultad, se arrastró por aquel césped y colocó sus zarpas sobre su hermana.

La mañana llegó a aquel descampado, y la trágica advertencia del Sabio Kokokui fue deducida. Nyra solo era capaz de maullar, su capacidad de habla había desaparecido. La expresión del animal era de horror, le resultaba imposible comunicarse con su hermano, quien la miraba extrañado, sorprendido, y, en cierto modo, culpable de lo que le ocurría a Nyra.

Con dificultad para entenderse, parecieron llegar al punto que debían irse de allí, aunque su suerte no había hecho más que empeorar más todavía.

- ¡Eh mira! Una pareja de gatos -dijo un chaval de unos veinte años casi.

- Venga, vamos a divertirnos un poco.

Los hermanos, que parecían haber entendido las palabras de aquellos chicos, se pusieron a la defensiva. Levantaron sus cuerpos del suelo, siendo imposible ponerse a dos patas. Su cuerpo, de forma automática, se abalanzó hacia delante, cayendo sobre sus patas delanteras.

- A esto se refería Kokokui -pensaba Zylo, pues mantenían su raciocinio-. ¡Tenemos que salir de aquí! -parecía intentar decirle mentalmente a su

hermana.

Nyra estaba acongojada, su cuerpo no reaccionaba. Parecía que la incapacidad de hablar junto a la de mantenerse erguida la habían descolocado hasta tal extremo de hacerla presa de un temor y miedo sin igual.

Los chavales se acercaban con piedras y palos en sus manos. Sus maquiavélicas sonrisas dejaban claras sus macabras intenciones. Se acercaron a Nyra, pero Zylo se antepuso a ellos, con su cuerpo erguido, con su pelaje erizado, y sus uñas listas para la batalla.

- Vaya con el minino, como defiende a su novia -se reía con maldad-. ¡Apártate!

Tras recibir la patada, Zylo salió volando por los aires. Su fuerza había sido reducida a cero. Su sorpresa era ingrata y mayor. Veía con sus débiles ojos a punto de cerrarse, como su hermana era golpeada. Como le arrojaban piedras. Nyra solo era capaz de agachar su cuerpo y esconder su cabeza bajo su lomo. La sangre comenzaba a emanar de su débil cuerpo.

- Los humanos... ¡odian a los animales! -lloraba en pensamientos Zylo-. ¿Es para esto a lo que he venido? ¿A ver a mi hermana morir? Apenas hemos estado y disfrutado la ciudad unos minutos...

Zylo comenzó a maullar con rabia. Se acercaba exhausto y dolorido por el golpe a su hermana, y se puso sobre ella.

- Uh, que el minino tiene celos de los golpes.

- Ya me encargo yo de que no esté celoso -tomó el palo de madera.

- ¡Kokokui! ¡Kokokui! -eran simples maullidos para los humanos-. ¡No permitas que mi hermana muera!

Pero, justo antes de que el robusto palo impactara contra los hermanos, algo hizo que el macarra se detuviese. Una niña pequeña corría en dirección a los gatos, mientras los chavales corrían despavoridos. Un enorme perro los perseguía, intentando morderlos, mientras huían presas del pánico.

- ¡Muérdeles! -ordenaba la niña pequeña.

No obstante, aquellos, ahora miedicas, habían escalado un árbol que había en aquel parque, para evitar las fauces de aquel pastor alemán.

La cabeza de Zylo se movía, daba vueltas, pero no por su condición, sino más bien porque alguien lo portaba con rapidez. La transpiración dulce y agotada de una niña pequeña se escuchaba cerca de sus orejas agachadas. Zylo la miró de reojo. Una chica rubia, de grandes ojos color miel. Un enorme perro, a su vera acompañándola.

- ¡Doctor! -entró a una clínica rauda.

Los cuidados animales se llevaron a cabo. La chica miraba a Zylo y Nyra con preocupación. Zylo parecía despertar, y, para su asombro, las lágrimas de una niña sonriente fue lo primero que vio. Su corazón latía ahora con nerviosismo.

- Hace un momento, odiaba a los humanos, pero, esta chica también es humana, ¿verdad? -pensaba Zylo para sí-. Ha salvado a mi hermana. Recuerdo claramente como corría con nosotros en brazos, pese a ser tan pequeña, igual que la forma en la que nos defendió, tan valiente.

- ¿Qué vas a hacer con estos animales, Meria?

- Doctor, ¿podría quedármelos?

- Supongo que no habrá ningún problema -reía mientras acariciaba su cabeza-. No parecen ser de ningún dueño.

- Quiero decir... ¿me querrán? Han sido maltratados por esos estúpidos niños -mostraba tristeza.

- Todo depende de la confianza que seas capaz de mostrarles.

Zylo miraba al techo mientras seguía tumbado, y, para su asombro, Kokokui apareció frente suya, como una proyección.

- Pequeño Zylo, ¿has descubierto por qué me vi obligado a retener a los humanos en el Bosque Oculto? Los humanos son crueles y malvados. Nosotros, una vez cruzamos la frontera animal, nuestra fuerza desaparece, perdemos nuestras facultades más preciadas y necesarias. Somos capaces de entender, pero no de ser entendidos. Somos maltratados y humillados, tratados como peones, como esclavos, o como pasatiempos. La mayoría de las veces, solo somos un simple capricho de un humano aburrido en su vida, que, cuando encuentra otro pasatiempo más novedoso, nos deja olvidados. Muchos incluso nos terminan abandonando en la calle, a nuestra suerte.

- Kokokui... Creo que no todos los humanos son así.

El espectro de Gran Sabio se mostraba extrañado ante las palabras de

Zylo.

- Mi hermana ha sido golpeada por un humano, pero ha sido rescatada y salvada de la muerte por otros dos. Creo que es un craso error tratar a todos por igual, solo es necesario tener la suerte de encontrar al compañero de viaje y de vida adecuado, ¿no cree usted?

Kokokui no decía palabra alguna, parecía estar procesando las palabras de su protegido. Observaba a Nyra, quien ahora respiraba sin dificultad, quien permanecía dormida, mientras aquella chica de nombre Meria la acariciaba con cariño

- Las mismas palabras que tu abuelo -reía ahora a carcajadas-. Zylo, eso quiere decir que...

- Me quedaré con Meria, quiero demostrarte que no todos los humanos son unos interesados y caprichosos, que hay quienes de verdad aman a los animales, quienes los protegen de forma desinteresada, únicamente movidos por el amor. Que Nyra se marche si así lo desea cuando despierte -se mostraba decidido.

- Estaré siempre pendiente de vuestras vidas, no dudaré en aparecer a ayudaros o recogeros siempre que así lo deseéis -marchaba Kokokui.

- Bueno, y si estos animales te aceptasen -se sentó el doctor en su sillón- ¿cómo los llamarás?

Meria miraba al gato que estaba despierto. Parecía estar sonriéndole, así que ella le devolvió la sonrisa mientras acariciaba su cabeza.

- ¿Qué tal Zylo y Nyra? -los señaló al nombrarlos.